

El mérito, antídoto contra la mediocridad

a ensayista francesa Sophie Coignard (La tiranía de la mediocridad, Deusto, 2024), advierte que renunciar al mérito no genera justicia, sino estancamiento, y que defender la exigencia y el esfuerzo es hoy un acto de “esperanza democrática”.

En una época que parece preferir el confort del conformismo a la incomodidad del empeño, hablar de mérito suena casi provocador. Pero, sobre el respecto, la autora recuerda una verdad elemental: cuando una sociedad deja de premiar el talento y el trabajo, abre la puerta a la corrupción, el clientelismo y la pérdida de excelencia. La mediocridad no solo es un problema moral, sino también político y económico.

La “nivelación hacia abajo” ha debilitado instituciones que antes eran ejemplo de rigor: universidades, liceos, escuelas y diversos servicios públicos han reemplazado la competencia por la conveniencia. La obsesión por no excluir ha terminado por excluir la excelencia. En nombre de una igualdad de resultados, se desdibuja la igualdad de oportunidades; cuando el afán noble se hace inútil, el mérito deja de ser promesa de movilidad social y se convierte en ímpetu frustrado.

Entre los enemigos del mérito, Coignard identifica tres fuerzas que actualmente erosionan la cultura del esfuerzo: la ideología “woke”, que a veces confunde justicia con victimismo; el paternalismo igualitarista, que rebaja estándares por temor a la desigualdad; y las élites culturales que monopolizan la definición misma de talento. El resultado es una sociedad que teme exigir, porque hacerlo es incomoda.

Pero “la tiranía de la mediocridad” no debe inmovilizarnos en un interminable lamento nostálgico. La autora propone procurar un “mérito bien templado”: uno que combine justicia con exigencia, excelencia con inclusión. El mérito, bien entendido, no excluye a nadie: amplía horizontes. En este ánimo, el Estado debe garantizar igualdad real de oportunidades, colaborar a educar bien desde la base y, en lo posible, velar por que el ahínco sea recompensado justamente.

También en Chile enfrentamos la disyuntiva entre inclusión y excelencia, entre “abrir espacios” y mantener estándares. Defender el mérito no significa volver al elitismo, sino impedir que la mediocridad se institucionalice. En educación, en el servicio público y en la empresa, premiar el esfuerzo es una forma de respeto al ciudadano, de fundamento para el desarrollo y de confianza en la libertad.

La defensa del mérito es, en última instancia, una defensa de la dignidad humana. Significa creer que cada persona puede mejorar y que el reconocimiento al trabajo bien hecho fortalece el tejido social. Implica la convicción de que las capacidades, la dedicación y la responsabilidad personal siguen siendo motores legítimos de progreso. En tiempos de eslóganes fáciles y exigencias mínimas, reivindicarlo no es “conservadurismo”, sino coraje cívico.

Álvaro Pezoa

Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, U. de Los Andes

Imaginación moral y ética del riesgo ante la IA

Gabriela Arriagada Bruneau
Profesora Asistente, Instituto de Éticas Aplicadas UC e Instituto de Ingeniería Matemática y Computacional UC



Vivimos una época de vértigo. La aceleración tecnológica y en particular el despliegue vertiginoso de la inteligencia artificial (IA), nos obliga a pensar no solo en lo que esta tecnología puede hacer, sino en lo que nos hace como sociedad. Recientemente, en el seminario "El futuro que no logramos ver", organizado en el marco de los 75 años de **La Tercera**, discutimos justamente esto: los desafíos de la IA no se reducen a su eficiencia técnica, sino a cómo redistribuye poder, responsabilidades y vulnerabilidades en nuestras vidas.

Hasta ahora, gran parte de la ética de la IA ha sido reactiva: llega tarde, cuando los daños ya se han materializado y los riesgos se vuelven evidentes. Pero frente a un futuro incierto y cambiante, este enfoque es insuficiente. Necesitamos un cambio de paradigma: pasar de la ética que juzga hechos consumados a una ética que se atreve a anticipar y a imaginar y que sea capaz de orientar las decisiones antes de que los problemas estallen.

Aquí entra en juego un concepto fundamental: la imaginación moral. Lejos de ser un ejercicio de fantasía, es una práctica de responsabilidad. Como recuerda Martha Nussbaum, significa colocarse en el lugar de otros, los que están, los que estarán, los que aún no existen, y ensayar mentalmente las consecuencias de nuestras decisiones. Implica pensar en comunidades futuras, en generaciones por venir, en ecosistemas tecnológicos que aún no conocemos. No es literatura especulativa: es ética en acción.

Pero esta imaginación necesita herramientas para aterrizar en lo concreto. Ahí aparece la metodología de escenarios futuros. No se trata de hacer predicciones lineales ni de apostar por "el" futuro más probable, sino de abrir un abanico de futuros plausibles y ponerlos sobre la mesa. Escribir narrativas, explorar incertidumbres críticas, detectar señales tempranas. El valor no está en adivinar o predecir el porvenir, sino en preparar a nuestras instituciones, empresas y comunidades para navegar bajo condiciones de incertidumbre extrema.

A esto se suma la ética del riesgo, que nos obliga a hacernos preguntas incómodas: ¿qué riesgos son aceptables y para quién?, ¿quién decide en un contexto de desigualdad estructural? Estas no son sólo cuestiones técnicas, sino políticas y morales. Y responderlas exige deliberación democrática, no algoritmos diseñados entre cuatro paredes.

La conjunción entre imaginación moral, escenarios futuros y ética del riesgo nos ofrece un horizonte distinto: uno en el que la IA deja de ser vista como un mero producto tecnológico para ser reconocida como un fenómeno profundamente sociotécnico. Cada algoritmo encarna una visión de mundo, reparte responsabilidades y configura futuros.

Por eso, lo verdaderamente innovador no será crear máquinas más autónomas, sino cultivar instituciones, culturas organizacionales y marcos normativos capaces de anticipar riesgos, distribuir responsabilidades con justicia y ejercer una imaginación moral colectiva. Solo así podremos mirar de frente "ese futuro que no logramos ver" y atrevernos, con lucidez, a configurarlo en vez de temerlo.

El mérito, antídoto contra la mediocridad

Álvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, U. de Los Andes



La ensayista francesa Sophie Coignard (*La tiranía de la mediocridad*, Deusto, 2024), advierte que renunciar al mérito no genera justicia, sino estancamiento, y que defender la exigencia y el esfuerzo es hoy un acto de "esperanza democrática".

En una época que parece preferir el confort del conformismo a la incomodidad del empeño, hablar de mérito suena casi provocador. Pero, sobre el respecto, la autora recuerda una verdad elemental: cuando una sociedad deja de premiar el talento y el trabajo, abre la puerta a la corrupción, el clientelismo y la pérdida de excelencia. La mediocridad no solo es un problema moral, sino también político y económico.

La "nivelación hacia abajo" ha debilitado instituciones que antes eran ejemplo de rigor: universidades, liceos, e incluso diversos servicios públicos han reemplazado la competencia por la conveniencia. La obsesión por no excluir ha terminado por excluir la excelencia. En nombre de una igualdad de resultados, se desdibuja la igualdad de oportunidades; cuando el afán noble se hace inútil, el mérito deja de ser promesa de movilidad social y se convierte en ímpetu frustrado.

Entre los enemigos del mérito, Coignard identifica tres fuerzas que actualmente erosionan la cultura del esfuerzo: la ideología "woke", que a veces confunde justicia con victimismo; el paternalismo igualitarista, que rebaja estándares por temor a la desigualdad; y las élites culturales que monopolizan la definición misma de talento. El resultado es una sociedad que teme exigir, porque hacerlo incomoda.

Pero "la tiranía de la mediocridad" no debe inmovilizarnos en un interminable lamento nostálgico. La autora propone procurar un "mérito bien templado": uno que combine justicia con exigencia, excelencia con inclusión. El mérito, bien entendido, no excluye a nadie; amplía horizontes. En este ánimo, el Estado debe garantizar igualdad real de oportunidades, colaborar a educar bien desde la base y, en lo posible, velar por que el ahínco sea recompensado justamente.

También en Chile enfrentamos la disyuntiva entre inclusión y excelencia, entre "abrir espacios" y mantener estándares. Defender el mérito no significa volver al elitismo, sino impedir que la mediocridad se institucionalice. En educación, en el servicio público y en la empresa, premiar el esfuerzo es una forma de respeto al ciudadano, de fundamento para el desarrollo y de confianza en la libertad.

La defensa del mérito es, en última instancia, una defensa de la dignidad humana. Significa creer que cada persona puede mejorar y que el reconocimiento al trabajo bien hecho fortalece el tejido social. Implica la convicción de que las capacidades, la dedicación y la responsabilidad personal siguen siendo motores legítimos de progreso. En tiempos de esloganes fáciles y exigencias mínimas, reivindicarlo no es "conservadurismo", sino coraje cívico.

LT latercera.com

Declaración de Intereses en www.gruposopena.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Gipsu S.A.

Atención a suscriptores en su correo virtual help@sucomservitvial.latercera.com



SANTIAGO DE CHILE | AÑO 76

SU OPINIÓN IMPORTA
Envíe sus opiniones al contenido coberturas del diario a lector@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión máxima de 1400 caracteres con espacios a email-correo@latercera.com.
Avenida Apoquindo 4660, Santiago. La Tercera se reserva el derecho a editar los textos ajustados conforme a sus estándares editoriales, en particular respecto a la exigencia de un lenguaje respetuoso y sin discriminaciones. Las cartas recibidas no serán devueltas.

ESPACIO ABIERTO

Ideología y recortes

Javier Sajuria
Profesor de Ciencia Política Queen Mary University



La alusión directa que hizo el Presidente Boric a la propuesta de recortes de gasto público de Kast puede ser estratégicamente torpe y éticamente reprochable; al menos eso parece opinar la mayoría de los columnistas de la plaza. Pero los juicios sobre la oportunidad de sus declaraciones no debieran hacernos olvidar su sentido: los recortes de Kast carecen de evidencia técnica y obedecen a criterios ideológicos. Su insistencia con el tema denota, además, obsesión con sus propias ideas.

El primer criterio ideológico que pareciera inspirar sus ideas es una desconfianza patológi-

ca sobre la labor del Estado. Eso suele ocurrir con más fuerza entre quienes menos necesitan del Estado en sus vidas. Kast ha hablado de eliminar operadores políticos, pero dudó que su gobierno no lleve los cargos de confianza con sus partidarios. Por un lado, la cantidad de esos cargos no cubre los montos de recortes que propone, y por otro, necesitamos que muchos de esos cargos se ocupen. Si el equipo de la ultraderecha estuviese proponiendo una reforma profunda al servicio civil, donde la cantidad de cargos de confianza fuese la mínima posible y el resto se llenara por concurso, la discusión sería distinta. Pero eso no va a ocurrir, Kast necesita esos cargos para negociar apoyos en la segunda vuelta y en un eventual gobierno.

Además, cuando se han implementado recortes de este estilo, los resultados han sido devastadores. Investigaciones muestran como las propuestas de austeridad en Europa alimentaron a partidos políticos extremos, aumentaron la fragmentación, aumentaron la desigualdad y, aún más trágico, afectaron indicadores como la esperanza de vida y la salud de las mujeres.

El otro componente ideológico es aún más perverso. Por más que se esfuerzen en esconder su verdadero interés, Kast y sus seguidores llevan años liderando una batalla contra los derechos de las mujeres y de cualquier otro grupo minoritario. Hasta 2024, Kast era el presidente de la *Political Network for Values*, una asociación internacional que va por el mundo promoviendo y haciendo lobby en contra de los derechos reproductivos, el aborto, el matrimonio igualitario y cualquier otra cosa que afecte su concepto limitado de familia.

Es hipócrita pretender que, después de décadas formando equipos para promover estas ideas, Kast no vaya a usar el poder del Estado para promoverlas. Asimismo, la alusión de Arturo Squella a que los recortes irán en temas ideológicos, nos da una idea de dónde saldrán los millones de dólares de recortes: de la protección de derechos reproductivos, de la educación sexual en los colegios, de los programas antidiscriminación y de todo otro beneficio que alcanzan mujeres y minorías. Para ellos no va a alcanzar el Estado que imagina la ultraderecha.